

Incorporación como Académico de Número del Académico Asociado Dr. Javier Correa Miller.

Presidente: AN. Dr. Raúl León Barúa
Presentado por: AN Dr. Rolando Calderón Velasco

ELOGIO AL PROFESOR ALBERTO HURTADO ABADÍA.

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina

Señores Académicos

Señoras y Señores

Agradezco profundamente el honor que se me hace al nombrarme Académico de Número de la Academia Nacional de Medicina y muy especialmente, las palabras del ilustre Presidente, Dr. Raul León Barúa y las de mi querido amigo, colaborador por muchos años antes de ausentarme del Perú, Académico Dr. Rolando Calderón Velasco.

Este honor me abruma aún más cuando también debo encargarme de hacer un elogio de un gigante de la Medicina peruana e internacional, el Profesor Alberto Hurtado Abadía. Como hace apenas un par de años se celebró el centenario de su nacimiento, están muy frescos los recuerdos de los magníficos homenajes que él recibió. Todos ellos fueron organizados o inspirados por otro queridísimo amigo y también antiguo colaborador de la época de mis primeros años de docencia e investigación, el Académico Dr. Roger Guerra-García Cueva. Cualquier homenaje mío sería pálido y débil, cuando se hiciera una comparación, por lo tanto, he decidido contarles experiencias personales relacionadas con el Profesor Hurtado que tienen sólo el interés de haber comenzado muy temprano en mi vida. Lo haré muy breve y bastante parco, como a él le gustaba.

A la edad de algo más de 1 año de nacido, contraí difteria. Esta enfermedad era mucho más prevalente en los años veinte y muchas veces fatal debido a sus complicaciones laríngeas y cardiovasculares. Un médico recientemente llegado al Perú después de graduarse en la Universidad de Harvard, el Dr. Hurtado, se hizo cargo de mi tratamiento y aquí estoy. Pero este exitoso acto médico tuvo consecuencias muy importantes para el Dr. Hurtado. Conoció en esa ocasión a la hermana menor de mi madre, mi tía Lilly Miller y la fotografía que presento a continuación, ilustra las consecuencias a las que me refería hace un momento.

El matrimonio se realizó en la casa de mi abuelo en La Punta y este niño al lado derecho de la foto soy yo. La niña que aparece al lado izquierdo es mi hermana Violeta quien con el pasar de los años llegó a ser la más conocida de todos los Correa. El Profesor Hurtado era pues familia.

Yo crecí cerca de él y creció más aún mi admiración por el hombre y sus cualidades. Aprendí a pensar en la Medicina como carrera y a amar la docencia y la



investigación médica. Me contagié un poco su enorme desapego de los bienes materiales y me confirió un gran honor cuando solo tenía 15 años: hacerme padrino de bautismo de su hijo Juan Carlos. Al terminar la secundaria en la Recoleta, el colegio en el que también estudiaron mi padre y el Profesor Hurtado, comencé a trabajar como ayudante de laboratorio en el Instituto de Biología Andina que dirigía el Profesor Carlos Monge Medrano y cuyo Director de Investigaciones era Hurtado. Gradualmente recibí beneficios muy importantes. Aprendí las técnicas de diversas ramas de la investigación e igualmente el valor del rigor en la investigación científica y la honestidad en reportar resultados. Durante mis años de estudiante participé en muchos proyectos de investigación y viajes a Morococha. Recuerdo haber ayudado al profesor en un estudio hematológico en el cual yo tenía que medir el diámetro de miles de hematíes. Pasé horas haciendo esa tarea y cada cierto tiempo se aparecía el Profesor para vigilar estrechamente lo que estaba haciendo. Me enseñó paciencia.

Más tarde, en 1951 y ya graduado de médico, el profesor Hurtado una vez más causó un gran cambio en mi carrera. Su equipo de investigación necesitaba completarse con un endocrinólogo y tenía la oportunidad de conseguir una beca de la Fundación Rockefeller para seguir el adiestramiento en Harvard, su alma mater. Me ofreció la opción de tomar esa beca, lo que no dudé un instante en aceptar. En 1952, tuve un gran orgullo como peruano y discípulo de Hurtado. Por primera vez en la historia, la Escuela de Medicina de Harvard encargó a uno de sus graduados el dar la serie de conferencias llamada «Dunham Lectures.» Estas conferencias, desde su creación en 1924, las han dado muchos científicos de gran prominencia, muchos de ellos habían recibido el Premio Nobel de Medicina. La primera la dio el Profesor Holandés Willem Einthoven quien fue el primero en estudiar las corrientes eléctricas del corazón, base del electrocardiograma moderno. De Latino América sólo Bernardo Houssay había sido honrado en 1935. Por supuesto asistí a las tres conferencias y escuché los más calurosos elogios de algunos pocos profesores de Harvard lo que les puede explicar mi orgullo de esos días.

Los diez años siguientes a mi regreso sirvieron para aumentar el grupo de Hurtado y realizamos varios estudios importantes relacionados con la adaptación a la altura. Lamento ahora la ausencia prematura de Federico Moncloa Freundt y Carlos Subauste Perona quienes fueron los primeros estudiantes que se unieron a nuestro grupo. En la última parte de esos años nuestras actividades estuvieron sazonadas por los conflictos universitarios que nos sirvieron para admirar el temple, coraje, determinación y honestidad del profesor Hurtado. Este liderazgo compartido con el Profesor Honorio Delgado nos dio el gran triunfo de la fundación de la institución que hoy llamamos la Universidad Peruana «Cayetano Heredia» uno de cuyos locales hoy nos alberga y cuyo Rector me honra con su presencia esta noche.

El profesor Hurtado mostró el mejor de sus aciertos en la elección de su esposa, quien no sólo lo apoyó en todas sus luchas sino que, acostumbrada desde muy joven a una vida de mucha holgura, no vaciló en dejar todo aquello para seguirlo donde fuera y ayudarlo en su romántica persecución de la verdad científica.

Hurtado es ya y desde hace mucho tiempo, reconocido como uno de los grandes maestros de la Medicina Peruana. El hecho de que él eligiera mi familia materna para integrarse a ella y formar la propia, limita en cierta forma todo lo que quisiera y me gustaría decir de él, el tío Alberto.

Dr. Javier Correa Miller